

MANDRAGORA

Núm. 3

SANTIAGO de CHILE, JUNIO de 1940

\$ 1.00

Notas sobre la poesía negra en Chile

HOY como nunca, el juego de las afirmaciones y negaciones desempeña un papel preponderante y fundamental, dentro de la trayectoria del pensamiento. Y es particularmente en la poesía, donde esta lucha adquiere tonalidades de más alta violencia, porque siendo ella, la expresión total y repentina de la realidad, pone en movimiento todas las fuerzas —aún las más ocultas y desahucadas— que determinan en su conjunto, los actos del hombre. Los viejos valores, que en otro tiempo ejercieron o pudieron ejercer influencia en el terreno de la poesía, son hoy sometidos a una rigurosa revisión, de la cual es posible que se extraigan algunas ideas que han de servir de línea de conducta para una modalidad resplandeciente de la vida, o bien son lanzados repulsivamente a la más repugnante de las tinieblas. No existe el juego de las banalidades poéticas del a priori.

En Chile, como en toda América, el problema de la tradición poética, adquiere caracteres desconocidos, para las nuevas generaciones de Occidente. Ellas, allí, han tenido algo a que vincularse, como también han tenido algo en contra de lo cual lanzar gritos de protesta; algo que encupir, algo que destruir, consecuentemente con esa necesidad que siente el ser de manifestar su vitalidad, ya sea negando o afirmando. En cambio, las generaciones americanas del presente, poco o muy poco hemos tendido hacia donde dirigir nuestra vista, en el terreno de una cultura autóctona. Dejando de lado, la ilustre crítica de algunos americanistas de segundo orden, durante los siglos anteriores, merecen sólo destacarse los nombres de Edgar Poe y bajo ciertas reservas y en otro sentido, los de Rubén Darío y Walt Whitman. (Naturalmente, que excluimos el caso de Isidore Ducasse, cuyo nacimiento forjado en tierras americanas, no modifica en manera alguna la índole de estas apreciaciones). Lo demás, falso classicismo, falso romanticismo, academismo sin remedio.

Es este orden de cosas, el que logra transpasar los límites del siglo XX: son momias que quieren hablar desde la ultratumba. Inútil esfuerzo. La

voz no saldrá de sus pechos. Vanos homenajes, vanas las solemnidades oficiales: al primer soplo ellas ruedan por el suelo fulminadas para siempre.

Sin embargo, es preciso hacer notar, que junto a estas letradas de la poesía, se han levantado ciertas voces —que si bien, no corresponden a una línea que abarque al hombre en la totalidad de sus actos, especialmente los sancionados por las leyes y la moral imperante— ellas se han levantado en actitud de beligerancia, manteniendo con el medio una abierta lucha en ciertos aspectos.

Es así como la trayectoria de la poesía, es más o menos la misma, dentro de todos los países de América. Chile, no logra tampoco escapar a esta generalización. En el siglo XIX y todo el tiempo hacia atrás, es realmente pobre. Ya sólo a partir del presente siglo, cuando han empezado a formarse ciertos valores de alguna relativa significación, y cuya influencia, en un sector del público, ha logrado rebasar las fronteras nacionales. "El juego sigue adelante, y mientras los más se ahogan en un mar de calumnias y de pequeñas discusiones de café, una parte de la juventud intelectual, se levanta desvinculada en forma absoluta de estos valores, no obstante los innumerables recursos agotados, para hacerlos figurar bajo la sombra de ellos. Sus cabezas de "maestros" quedan repentinamente flotando en el aire. Esta desvinculación no ha podido ser, sino una consecuencia lógica de las posiciones adoptadas por estos "maestros", ya que unos —tal vez los de mayor valor— han dado una representación unilateral del mundo, mostrándolo únicamente en el aspecto afirmativo, bueno, blanco, en el sentido convencional vigente. Los otros, se han ahogado en un verbalismo ignorante y desenfrenado o se han entregado en forma miserable a las exigencias de un público imbécil.

Dentro de este orden imperante de cosas, la POESÍA NEGRA debía ser proclamada, por un grupo de poetas, abanderándose bajo la denominación de MANDRAGORA. En efecto, el 12 de Ju-

EL AZAR NEGRO

En mis pies luchaban el bien y el mal
Pequeña lámpara del gran día negro
Que humedece su espejo de alondras
Yo llenaba mis cabellos de plumajes invisibles
Cuando la mujer del tercer día cruzó la calle 62
Fue repentinamente
Los cabellos de sus senos se hacían invisibles
Para que la boca vea el sabor de los labios

El sol que me habla ya no la conocía después
Ese sol de sales cenicientas ya no hila
El sol que tú llevas es lo que yo ignoro
Mendiga de sonrisas
Esas manos de granito
Que acarician demasiado tarde
Que yo dejé al pasar.

JORGE CACERES.